

disgusto a veces, a veces con cólera, que se eleve a un hombre, sobre todo cuando ese hombre no cuenta con medios de influencia o de poder o de riqueza, con los cuales pudiera halagar a unos y amedrentar a otros.

Bien está San Pedro en Roma. Prefiero por lo mismo que se me deje tranquilo en mi retiro y oscuridad. En mi profesión de abogado no tendré probablemente ocasión de pleitear, y por ende no estaré expuesto a recibir tiro, no diré de enemigos, porque no tengo ninguno, pero sí de mal querientes, los cuales no le faltan a ningún mortal.

Le ruego, pues, haga todo lo posible porque el asunto quede encarpado.

En cuanto a hacerme favor o prestarme ayuda para educar a mis hijos, eso sí me lastimaría. Carezco de fortuna, y tendré necesidad para cancelar mis deudas, de sacrificar los bienes de mi mujer; pero todavía puedo trabajar; y si por caso no me basto yo mismo para mantener y educar a mi familia, no veo que tenga la culpa otro sino yo: el Estado no ha de enmendar con su largueza mis faltas de juicio; o si V. quiere, las sobras de mi corazón.

Menos había de admitir esa ayuda en los momentos actuales en que el Tesoro Público y el país sufren grandes congojas, y en que multitud de jóvenes de mejores condiciones intelectuales que mis hijos han tenido que ver tronchada su carrera y que interrumpir su estudios por exhaustez de las rentas públicas. No quiero de ninguna manera que mi nombre, o el nombre inocente de mis hijos pueda servir de base para que se moteje o censure la conducta de los Poderes Públicos de mi país, que por otro lado se muestran conmigo tan bondadosos.

¿Necesito decir a V. que le guardaré toda la vida el más profundo reconocimiento por su benevolencia hacia mi?

Le molestaría mucho suplicándole manifieste, mientras puedo hacerlo personalmente, igual gratitud a sus colegas del Congreso, que con su palabra o con su voto han querido honrarme como no merezco?

Por todo le rindo las más efusivas gracias.

Quedo de V. agradecido amigo,

(f.) Cleto González Viquez

Tomado de "*Diario de Costa Rica*"

La vida sentimental de Núñez

Por Silvio Villegas

El joven escritor Indalecio Liévano Aguirre ha levantado un monumento imperecedero a la memoria de Rafael Núñez, en el cincuentenario de su muerte. Durante medio siglo la obra del Reformador estuvo envuelta en las brumas caliginosas del panfleto y del panegírico. El "hombre provi-

dencial" de Caro fué para muchos de sus adversarios únicamente "el sátiro del Cabrero", como lo llamó Antonio José Restrepo, un "aborto del infierno", como lo calificaba Juancho Uribe. Del propio campo del resentimiento y del agravio se eleva ahora una conciencia justa que, después de severo escrutinio, coloca al padre de la reforma política en el pedestal de su gloria. Por primera vez, el país va a saber quién fué Rafael Núñez. Y no en cualquier forma. El libro de Liévano Aguirre es la obra de un combatiente, que mide las dificultades de su tarea justiciera, y se entrega totalmente a ella con valor y con arrogancia. No es aventurado afirmar que ésta es la mejor biografía que se ha escrito en el país, una obra que por derecho propio se incorpora en la literatura americana. Su estilo es ameno, desenvuelto, sin falsos adornos ni follaje retórico. Pero lo que realmente sorprende, en un escritor que apenas inicia su carrera, es la seguridad de sus juicios que aparecen, más bien, el producto de una sazónada madurez. Entre nosotros existe la costumbre de no valorar nunca lo propio, esquivando la "alabanza maciza", que cuando es justa, se necesita para la formación de una cultura. Pero esta biografía es tan apasionante como las que devora nuestro público, de escritores europeos y americanos, editadas en las prensas argentinas. Su lectura nos envuelve desde la primera página y no es posible dejarla hasta que se ha doblado la última. Experto analista de las pasiones humanas, Liévano Aguirre se interna, sin extraviarse, en el complicado laberinto psicológico de Núñez, descifrando la secreta razón de sus pensamientos y de sus actos. Primero el hombre, luego el conductor y el estadista.

Núñez es el más humano de todos los caudillos políticos que ha tenido el país. Su espíritu era un mar atormentado de ideas, pasiones y sentimientos que no encontró sosiego sino en la tumba. Formado en un hogar deshecho, hijo de un padre resentido y de una madre abnegada, desde su adolescencia aprende a desconfiar de los hombres y a buscar el tibio refugio de un seno de mujer. No es Hércules que desfallece en los brazos de Onfalia, sino el peregrino del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso, que sube a todas las cumbres y desciende a todos los abismos conducidos por la mágica estela del amor. En la escuela el niño débil, objeto de la burla de sus compañeros, recibe las primeras lecciones del mundo y aprende a defenderse de los hombres con inteligencia y con astucia. "Esas primeras épocas de la vida—escribe Liévano Aguirre—, son para el hombre un ensayo de acción sobre su medio y sobre sus semejantes y el resultado de tal ensayo, según sea adverso o favorable, deja en el espíritu huellas imperecederas; si se obtiene un resultado satisfactorio para el niño, el hombre será un ser tranquilo, audaz y seguro de sí mismo; en cambio, si se fracasa, resultará un hombre prudente y hábil en la búsqueda de subterfugios protectores de la personalidad, subterfugios que podrán ser el cinismo, la vanidad, o la aparente seguridad de sí mismo, actitudes todas que buscan el empeño de disfrazar realidades íntimas que no se quieren dejar conocer. Este primer choque del joven Núñez con su ambiente deja

en su espíritu la amarga sensación de que el mundo le es hostil, de que la soledad ha de ser en adelante su refugio". En estas líneas quedan delineados ya los primeros rasgos del carácter de Núñez, al arcano de su conciencia, su inescrutable corazón.

Pero donde más ahondan la sagacidad y la inteligencia de Liévano Aguirre es en la vida sentimental del Reformador, o en lo que pudiéramos llamar las mujeres de Rafael Núñez. Como casi todos los hombres superiores, Núñez tuvo siempre su sueño familiar, una mirada radiante que le esclareciera los caminos del mundo, "su Angel Guardián, su Musa y su Madona", como diría Baudelaire. Fué un temperamento romántico que no permitió, sin embargo, el triunfo de la pasión sobre los mandatos de la razón moderadora. Ni siquiera en las horas de la decadencia se le impuso la personalidad avasalladora de doña Soledad Román. Invariablemente fué el capitán de sí mismo, el escultor de su alma. Las horas de triunfo las saboreó en el silencio de las alcobas perfumadas y en las grandes derrotas se acogió al refugio de "la fatal belleza". No fué el inquieto galanteador que engaña y destruye corazones femeninos, sino el amante agradecido que les devuelve a las mujeres más de lo que recibe de ellas.

No nos entrega Liévano el nombre de la primera amada de Núñez, que sus confidentes y familiares han querido conservar en la penumbra. Pero su educación sentimental la hizo a través de un amor plenamente compartido, lo que ejerce una influencia definitiva en su espíritu. Si su vida política fué una milicia continua, su vida amorosa fué una perfumada vertiente del Parnaso. Por un inexorable mandato de su padre tiene que abandonar, suspirante en la playa, a la amante desesperada, llevándose el tormento de sus ocultas desventuras. Se marchó entonces a Tumaco. "Mi padre—refería años más tarde—, era un hombre de carácter fuerte. No recuerdo haber recibido de él nunca un beso. Imagínate mi nostalgia en aquella costa de Tumaco, donde llueve a todas horas, lejos de mi madre. Creo, aquéllo fué la causa de mi escepticismo. Nadie es escéptico porque quiera serlo. Lo predispone al escepticismo el medio ambiente físico y el medio ambiente espiritual. Cuando Rafael Pombo escribió la "Hora de Tinieblas", debió atravesar por una desesperación como la mía en Tumaco."

Perdido en esta aldea del Pacífico, bajo el furor de las borrascas o en el apacible silencio de la noche, Núñez vuelve sus miradas hacia lo interior, domina las tempestades de su alma y traza la parábola de su desenfundada ambición. "Triunfar a toda costa, no servir a nada ni a nadie, sino hacer que las ideas y los hombres le sirvieran a él. Su deseo de dominar a los demás hombres es apenas la natural reacción contra las ofensas que de ellos recibió; por eso es, compasivo y fraternal con los que sufren—por una íntima afinidad afectiva—; cruel e implacable con los que le oponen resistencia. En los hombres como Núñez, la naturaleza se concentra en un supremo y titánico esfuerzo para defenderse y triunfar, y por eso sus doctrinas dejan de ser principios abstractos y carentes de realidad subjetiva, para ser

conceptos y pensamientos que se van formando plásticamente al compás de las distintas circunstancias, instrumentos intelectuales producidos por el organismo para su protección, casi un sexto sentido para afrontar convenientemente la realidad."

En esta forma, Liévano Aguirre nos va descubriendo la vida íntima de Núñez, con la sagacidad de un naturalista que explica la formación y el crecimiento de las plantas. Porque lo admirable de esta obra es que el propio tiempo tiene el interés de una historia de la república y de una novela sentimental.

Desde su primera juventud conoce Núñez a doña Soledad Román, el alma intrépida y ardiente que vestirá de arreboles su melancólico atardecer. La encuentra en la ondulante arena de la playa más ligera que la brisa. De estatura mediana, era un vaso de celestes gracias, "cincelado por la mano de la Sabiduría". Tenía aquella belleza irregular que apasiona y subyuga más que la perfección clásica. "No es bella, escribe Liévano, pero resulta difícil hallar una figura cuyos contrastes dejen más honda impresión de musicalidad y de ritmo. Para un escultor puede ser insignificante, pero, en cambio, para un hombre enamorado de la vida, esta mujer es la más irresistible encarnación de la feminidad, pero de una feminidad desafiante y dominadora. Sus ojos grandes, de mirada suave, prometedora y su mentón afirmativo, imperioso, son símbolos de ese espíritu suyo paradógico, lleno de encrucijadas y sorpresas". Universalmente cortejada era, entonces, uno de los más claros adornos de Cartagena. A su paso, hasta la guardia de honor del general José Antonio Nieto presentaba las armas. Núñez sintió desde el primer momento su irresistible atracción, pero no pensó nunca que allí pudiera estar la clave de su destino. Doña Soledad Román se enamora de un acaudalado comerciante extranjero, y mira con cierto desdén al futuro Presidente de Colombia.

El primer matrimonio de Núñez no fué una alianza afortunada. Buscando amplio campo para sus ambiciones políticas se trasladó a Panamá, donde alcanzó rápidamente la confianza del señor Obaldía, gobernador de la provincia y jefe político omnipotente. Para lograrlo, se propuso cortejar a doña Dolores Gallego, hermana de la esposa del caudillo liberal. "La conquista de la señorita Gallego, afirma Liévano Aguirre, fué la conquista de un feudo electoral". Núñez era hombre de decisiones audaces que iban hacia el fin, sin vacilaciones ni escrúpulos. Hostilizado por sus adversarios una mujer le iba a despejar los caminos del triunfo. Y ésta fué también la tragedia de su vida. Doña Dolores Gallego no supo comprenderlo, no se interesó nunca por sus empresas políticas, fué simplemente la "lira del deseo" en los primeros meses del matrimonio. Núñez no buscaba ni una madre para sus hijos, ni una ama para su casa. Lo que persiguió siempre fué una novia, una compañera, una amiga. Exigía a la vez ternura, comprensión y voluptuosidad. "Esto provocó los primeros distanciamientos; doña Dolores, demasiado reconcentrada en sí misma, muy fría por temperamento, poco opti-

mista y enferma de epilepsia—enfermedad que tuvo sus primeras manifestaciones después del matrimonio—, no pudo satisfacer el temperamento profundamente detallista, sensible y tierno de su marido, y muy orgullosa como era, al notar las primeras manifestaciones de descontento, reaccionó violentamente, culpándole a él de esa unión y profundizando con dolorosas escenas el abismo que comenzaba a abrirse entre los dos.”

Núñez no supo nunca sacrificarse por nadie. Profundamente egoísta, sin ideas religiosas, no tenía del matrimonio el concepto social que es su verdadero fin. El hogar es una escuela de abnegación, de delicadeza y de heroísmo, donde el hombre revela su personalidad moral. A las primeras dificultades, Núñez optó por la fuga y se marchó a Cartagena, con el pretexto de arreglar asuntos urgentes. Allí fué nombrado secretario de gobierno, por el general Nieto. La amante de sus primeros años estaba casada con un amigo de su juventud. De nuevo se encendió el rayo ardiente de la pasión. Entonces escribe sus mejores poemas:

Dime... pero más bien dime si tu alma
duerme al rocío de la dulce calma
en estas horas en que velo yo;
dime si el nombre de tu amor primero
no es a tu corazón más placentero
que el nombre odioso que el deber te dió.

Los versos son nobles por el acento, a pesar de su pobreza retórica. El titán encadenado golpea contra las puertas del destino. En su alma luchan el deber y la pasión. “Hay en los grandes amores, escribe bellamente Liévano Aguirre, un centro en el cual los más violentos deseos se purifican al encontrarse con ciertas dulzuras misteriosas que brotan de lo más hondo del alma humana. Surge entonces una noble necesidad de respetar lo que antes se deseaba profanar, y en el hombre toda su naturaleza masculina, dominada por misteriosa unción, como que se arrodilla con respeto ante la mujer amada. Así sucedió a Núñez que se detuvo ante lo que hay de más respetable para un hombre: el sufrimiento de la amada”. Entonces llega para él la hora del renunciamento. Las aguas del océano debieron parecerle menos amargas que su tormentoso corazón. Instintivamente busca una terapéutica adecuada: la cura por la acción. Estos son los momentos en que los espíritus superiores revelan su verdadera personalidad, despertando las energías latentes. Con abnegación acepta la dura ley de trabajo y se consagra al servicio de los demás. Fué así como hizo de su despacho administrativo un modelo de laboriosidad y de eficacia, realizando un gobierno ejemplar.

Más tarde, debido a las influencias de Obaldía, es elegido diputado por el istmo, como vocero del grupo radical. El objetivo político de su matrimonio estaba cumplido. En este campo, Núñez no dió nunca golpes falsos. Desde los orígenes de la república, el radicalismo venía perturbando la vida nacional, con reformas utópicas y libertades apócrifas. Por medio del

libre cambio y la abolición de los tributos se arruinaron las pocas industrias existentes y se destruyó la fuerza protectora del Estado. Según Liévano Aguirre, el auténtico liberalismo era otra cosa, y así lo había estructurado el general Santander. Bajo la administración del doctor José Hilario López, se repartieron los Ejidos coloniales, con el propósito de acabar con el latifundio. Esta reforma, como ocurre casi siempre, produjo efectos contrarios. Los dueños de las tierras repartidas las vendieron a bajo precio, y se inició un nuevo feudalismo. Los desocupados aumentaban en todas partes. Entonces los desposeídos se reunieron con los artesanos, e iniciaron la "Era del Zurriago", los desbordes tumultuarios que Murillo Toro calificó en tono complaciente como "retozos democráticos".

Fué así como los liberales se dividieron en gólgotas y draconianos, lucha que debía culminar en la conspiración de Melo. Los radicales, que tenían mayoría en el Congreso, se propusieron "estorbar, provocar y exasperar al presidente Obando", haciéndole imposible el gobierno. En este camino, presentaron un proyecto de reforma constitucional, donde se establecían las libertades absolutas, el libre comercio de armas, el nombramiento de gobernadores por el voto popular, la separación de la Iglesia y el Estado. El diputado radical se levantó valientemente a combatir la iniciativa de sus amigos políticos, envolviendo con lógica persuasiva a don Florentino González, autor de la reforma. "En la situación presente de nuestra sociedad, dijo, la consecuencia lógica de la federación sería, primero el desorden, luego la anarquía, y últimamente la dictadura de un Rosas, de un Carrera o de un Paredes". Allí estaba ya el vigoroso pensador de la reforma política. "Todas las miradas se volvieron, naturalmente, hacia el hombre que se atrevía desde las propias bancas de la diputación radical, a dejar oír esa nota discordante en medio de la sinfonía de alabanzas que se entonaban entonces al federalismo. Y tal era el efecto que Núñez ambicionaba; por eso secretamente gozó al sentirlo crecer con rapidez a su lado. En sesiones posteriores, formuló nuevas críticas al proyecto y la cámara asombrada por la agudeza de sus razonamientos, pudo presenciar el singular espectáculo de la lucha entre el altivo pontífice del federalismo, Florentino González, y el desconocido provinciano, cuyas frases de corte extraño, compensaban la experimentada y sonora elocuencia del jefe radical". Pocos meses después, Obando lo nombraba secretario de gobierno. Eran el poder y la gloria conquistados en plena juventud.

En aquellos días, Núñez conoce a doña Nicolasa Herrera, dama de esclarecido linaje, viuda del general Gutiérrez de Piñeres. Era el amor imposible, por la virtud inquebrantable de ella y por los vínculos que ligaban a Núñez con doña Dolores Gallego. Núñez la espera todos los días como una colegiala y dialogan interminablemente, a orillas de todos los abismos. Pródiga la vida les ofrecía todos los dones deseables. Pero el deber triunfa sobre el amor. El hombre educado bajo los cielos marinos en la dulzura del vivir, llega de nuevo a las cimas del renunciamento idealista e impone a

su joven ardor una especie de disciplina purgativa. Así se fué formando en el conocimiento del universo la sabiduría de su madurez.

El prestigio de Núñez va ascendiendo a órbitas más elevadas y se convierte en el mediador sagaz de las facciones liberales en pugna. Pero este gran voluptuoso no entendía la vida sino a través del amor. Después de la ruptura con doña Nicolasa Herrera “una extraña ansiedad, una sensación indefinible parecía anunciarle la proximidad de algo desconocido. Por eso, aunque los triunfos rapidísimos de su vida pública no podían menos de alegrarlo en esos días, su casa solitaria, sus noches sin amor, el silencio de su cuarto en el cual la ausencia de flores indicaba la falta de una mano femenina, oprimían su corazón con una amarga sensación de soledad y de abandono; y por eso, cuando un día, una mujer capaz de amar hondamente, cruzó en su camino, se desencadenaron en él sentimientos tan poderosos, que su existencia se inundó de pasión y de juventud”. Aparece en el cielo de su afecto, doña Gregoria de Haro. Era su destino, su eterno destino. A la vez sensual y tierna en ella encontró Núñez el centro de sus pasiones afectivas y un refugio contra las tormentas de la vida.

Tenía el perfil de una bacante, misteriosa mirada bruja, *cabellos de inmensa noche*. Por sus labios, sensuales y convincentes, “toda la ciudad palidecía de deseo”. Viuda del coronel Rodríguez, casada de nuevo con un comerciante inglés y dueña de una caudalosa fortuna, su casa era el centro de las tertulias literarias y políticas de su tiempo. Núñez la conoció en una noche de fiesta, entre un mítin de admiración y de voluptuosidad. Caminaba con la gracia de Diana Cazadora. Desencantada de sus experiencias amorosas, deliciosamente frívola, velaba sus lágrimas entre el ruido de las fiestas mundanas. El vals era la salobre espuma de su infinita melancolía:

Tu risa no es la risa del que goza,
tal vez tiene algo ¡ay! de dolorosa;
el cansancio de un alma sin placer.
¡Oh tú lloras! ¡Tú lloras! No lo niegues;
de la veste nupcial bajo los pliegues
yo he sentido tus lágrimas correr...

Núñez no tardó en comprender sus penas secretas y se entregó apasionadamente a reconstruir el universo a través de un grande amor. El supo devolverle a doña Gregoria de Haro toda la dicha perdida. “Temor, honor, dignidad, convenciones sociales, todo aquello que hasta el momento constituyó norma de su vida y de su conducta, se derrumbó ante el delicioso deseo que le inspiró Rafael Núñez y que avasalló su naturaleza de mujer. Por fin doña Gregoria se sentía adivinada por un hombre que comprendía su valor y sus caprichos, y que tenía todos esos detalles que por su oportunidad enamoran a las mujeres; y cuya mirada, fija en ella con apasionada insistencia en las frecuentes veladas que pasaban juntos, le producía una deliciosa y desconocida emoción, que la imposibilitaba para defenderse de las

caricias y de las palabras de este enamorado cada vez más audaz, en cuya proximidad perdía toda la noción de lo real. Núñez la rodeó de un ambiente de voluptuosidad y poesía que sujuzgó su espíritu y enardeció sus sentidos, y así, por fin en su proximidad, ella sintió esa sublime efusión que embellece los grandes amores". Este fué un encantador idilio, donde la realidad superó a todos los sueños.

Tanto Núñez como doña Gregoria de Haro, afrontaron el escándalo, en medio de una sociedad puritana. Ella abandonó a su marido y se sometió a la implacable crítica de las ciudades pequeñas. A su vez Núñez, que desempeñaba la secretaría de hacienda, en el gobierno conservador de Mallarino, no modificó su línea de conducta, a pesar de los ataques de la prensa, que no respetaba entonces la vida privada de los hombres públicos.

Bajo la administración de don Mariano Ospina, terminado ya su período parlamentario, Núñez regresó a Panamá, donde fué nuevamente elegido senador. Su vida conyugal con doña Dolores Gallego se había hecho imposible, y Núñez, en un momento dramático, toma la resolución suprema de abandonar el hogar, ahora sí, para siempre. Regresa a Bogotá y en los brazos de doña Gregoria olvida sus amargas desventuras.

Viene, luego, el triunfo de la revolución radical, con Mosquera a la cabeza, y Núñez asiste como delegatario a la Convención de Rionegro. Liévano Aguirre es implacable con los ideólogos del 63. Su Constitución no es para él sino una cadena de absurdos jurídicos, expedida con el único pretexto de paralizar los anhelos autocráticos del general Mosquera. "Fruto del temor y de la servil imitación, sólo acarreó al país una época de miserias, atraso y anarquía". Núñez allí mismo formuló su diagnóstico, en la siguiente frase dirigida a Camacho Roldán: "Vamos ahora a defendernos de Mosquera; pero después de Mosquera, ¿quién nos defenderá del desorden y la anarquía?". Núñez, desencantado, se ausenta de la Convención y queda libre para emprender su lucha contra ella. Poco tiempo después es nombrado cónsul en Liverpool y se marcha a Europa con doña Gregoria de Haro.

Allí continúan el apasionado idilio en un ambiente absoluto de libertad. Pero esta fiesta de los sentidos, ajena a la pura lumbre del alma, tenía que concluir en una tragedia. Núñez se entrega al trabajo y al estudio, con el mismo ardor que en otro tiempo le consagrara a la política. Lee a Spencer, a Comte, asimila las instituciones inglesas, confronta y rectifica sus antiguas ideas. Sus investigaciones monetarias son profundas y sagaces. A la moneda mercancía, que era un dogma radical, oponente la moneda fiduciaria, "antídoto de la ominosa usura". No más constituciones importadas. Cada pueblo tiene una ley propia de formación; codificarla es la obra de legisladores prudentes.

Doña Gregoria de Haro le reclama a Núñez sus continuos abandonos. Este trata de consolarla, en cartas estratégicamente escritas, y cuando regresa a su lado el deber y la gloria se imponen sobre la sensualidad satisfecha. Después de doce años de amor, se produce la ruptura y Núñez emprende

su viaje a Colombia, pleno de sabiduría, inflamado por el deseo de realizar todos los sueños de su maravillosa juventud. Su candidatura a la presidencia de la república había sido lanzada por los Estados de la costa.

En Cartagena encuentra nuevamente a doña Soledad Román, en todo el encanto de su madurez. Ella trata ahora de conquistarlo, pero Núñez esquivaba el envolvente halago. “Esta indiferencia, afirma Liévano Aguirre, fué como una chispa que trajo extraños ardores a su dormida naturaleza. Un malestar indefinible de sus sentidos se apoderó de ella hasta llegar a convertirse en una verdadera pasión; pasión abrasadora como todas las que nacen en el ocaso de una vida, cuando la naturaleza como en un último espasmo, alcanza cumbres que hasta la misma juventud desconoce... Del viejo amor que un día le inspirara la señorita Román no quedaba nada, o su cansada naturaleza sentía cierto temor ante la dominadora violencia pasional de esta mujer. “La hora de la calma ha sonado para mí”, le decía por ese entonces en carta al doctor Rico”. Pero el destino vigilaba en la sombra.

Pocos meses después se traslada a Bogotá, donde le esperaba la tormenta. El radicalismo se debatía en el ocaso, pero su déficit de opinión lo saldaba con grandes dosis de violencia. El Olimpo le enfrenta la candidatura de don Aquileo Parra, honrado comerciante santandereano. Núñez oculta sagazmente sus ideas para evitarse resistencias, y ante una manifestación en la Plaza de Bolívar hace tranquilamente el elogio del sistema federal. La lucha fué desesperada y ardiente; pero el radicalismo, perdido ya todo escrúpulo, desconoce la autonomía de los estados, falsifica los registros y escruta al señor Parra.

En plena lucha encuentra de nuevo a doña Nicolasa Herrera y renace el fuego de la juventud.

Al fin, al fin te encuentro
después de tanta ausencia,
de tantas inquietudes
y tanta soledad.
Te encuentro y al hallarme
de nuevo en tu presencia,
renacen ¡ay! las horas
de mi primera edad.

Ella no había logrado olvidarlo y empieza otra vez el coloquio sentimental. Juntos recorren los paisajes de la juventud y ascienden hasta las cimas de la pasión. En plena campaña electoral estos amores son hábilmente explotados en contra suya. Núñez, siempre arrogante, desafía a la opinión escandalizada. Todos los días, al atardecer, visitaba a doña Nicolasa Herrera. Tenía la precisión de un cronómetro y los vecinos, al verlo pasar, podían fácilmente rectificar sus relojes. Vencido por la máquina oficial, busca otra vez un refugio en el amor, y le propone a la viuda un matrimonio civil. Pero doña Nicolasa era de aquellas mujeres que “si bien tienen valor sufi-

ciente para gozar de la proximidad de ciertas situaciones de anormalidad, carecen por otro lado del necesario para vivir en ellas". El rompimiento se hace necesario y con él vienen las brumas de la melancolía y del dolor. Su alma está envuelta en sombras y ninguna luz brilla sobre el desolado horizonte.

Los amores con doña Soledad Román, pueden ser objeto por sí solos, de un libro y de ellos nos ocuparemos luego. Liévano Aguirre trata el tema con sagacidad y delicadeza, transitando sobre estas flores sin hollarlas.

La vida amorosa de Núñez, con sus desvaríos y sus escándalos, es tan apasionante como una novela. Por este aspecto su personalidad se hermana con la de Bolívar y los historiadores hacen bien en no olvidarla, porque ella interpreta y explica muchas de sus decisiones políticas. Así ha obrado Cornelio Hispano con el Libertador en su admirable "Historia Secreta". En estas violentas tempestades, se formó su personalidad y ellas contribuyeron al modelado de su estatua. Núñez fué un hombre con sus pasiones y sus debilidades, como todas las grandes personalidades de la historia. Y bien pudo decir en la hora de su muerte: He luchado, he sufrido, he sido un hombre.

De la revista «Sábado», N^o del 16 de setiembre de 1944.

Colegio de San Luis Gonzaga

Por el Prof. Victor Lizano H.

III Epoca.—Dirección del Prof. Ramón Matías Quesada

Años 1899-1900 — 1901-1902.

Alumnos del año 1899.

Primer año.—1) F. Acuña. 2) Alberto Alfaro. 3) Olegario Arrieta. 4) F. Brenes. 5) Alberto Calderón. 6) R. Coto. 7) Roberto Gómez. 8) Tomás Gutiérrez. 9) Teófilo Monestel Picado. 10) E. Morice. 11) Am. Sánchez. 12) Francisco Sancho.

Segundo año.—1) José Joaquín Aguilar. 2) Julio Aguilar. 3) J. Alvarado. 4) Miguel Angel Blanco Castro. 5) Juan Ramón Bonilla Aguilar. 6) J. Caamaño. 7) Leoncio Chaves. 8) J. Escalante. 9) Juan Guido. 10) Luis Guido. 11) Francisco Redondo. 12) R. Rivera. 13) José Joaquín Rojas. 14) N. Sánchez. 15) Arturo Volio J. 16) Enrique Sancho J. 17) M. Flores.

Tercer año.—1) Aníbal Brenes. 2) Valerio Coto. 3) Guillermo Figueroa. 4) Julio Figueroa. 5) A. Gamboa. 6) Everardo Gómez. 7) Alfonso Guzmán. 8) Jesús Guzmán. 9) Agustín Monge. 10) Manuel Odio. 11) F. Rivera. 12) Tobías Solano. 13) J. Vives.